

Tauromaquia No. 2
Aguafuerte y aguatinata
49 X 54.5 cm
1980

LA INVENCION DE AMERICA LATINA*

Raymond Carr

1

Cuando su marido llegó a ser primer ministro británico en 1886, se le aconsejó a Lady Salisbury que no hiciera visitas. "Por eso no hago ninguna", les decía luego a sus amigas, "excepto a las señoras de los embajadores extranjeros. Claro que no cuento a los de las repúblicas suramericanas o de esos otros países donde la gente vive subida en los árboles". "El mundo europeo", se quejaba en 1861 el colombiano José María Samper, "se ha esforzado más en estudiar nuestros volcanes que nuestras sociedades, conoce más nuestros insectos que nuestra literatura, los cocodrilos de nuestros ríos mejor que los hechos de nuestros estadistas, y sabe más sobre cómo se obtiene la corteza de la quina o de cómo se salan pieles en Buenos Aires, que de la vitalidad de nuestra flamante democracia!" Tal protesta, concluye Malcolm Deas en su examen panorámico de la historia de Colombia, Ecuador y Venezuela después de la Independencia, es aún válida hoy. Todavía en los años treinta de este siglo, el ser enviado a un puesto en América Latina era tenido por los diplomáticos como una especie de destierro. De un diplomático en ascenso escribía la novelista Ann Bridge que "no era de los que mandaban a Bogotá"¹. En época tan reciente como a finales de los setenta, recuerdo haberle preguntado a Harold Macmillan qué tan frecuentemente había surgido el tema de Latinoamérica en los con-

sejos de ministros, mientras él estuvo al frente del gobierno: "alguna vez tuvimos un debate sobre carne argentina" me contestó; y con su característica tendencia a exagerar agregó que posiblemente nunca le había tocado leer un solo despacho de alguna embajada en Latinoamérica.

La muy completa, y al mismo tiempo concisa, *Historia de América Latina* que está publicando la Universidad de Cambridge, seguramente ayudará a despejar este clima de desconocimiento y prejuicio. Los volúmenes objeto de esta reseña, que cubren el período que va desde la Colonia hasta 1930, suman más o menos cuatro mil páginas y la obra completa puede llegar a tener nueve tomos. Hace apenas un cuarto de siglo una empresa de esta magnitud hubiera parecido inconcebible y ruinosa. Persistía la vieja y desdenosa ignorancia. Sólo un puñado de estudiosos europeos y norteamericanos cultivaban un campo que el resto de sus colegas consideraba marginal.

Fue Fidel Castro el que cambió esta pasiva indiferencia en activa preocupación. A principios de los años sesenta los observadores pensaban que una revolución socialista en una isla del Caribe podía infectar —estaba de moda la metáfora biológica— a todo el continente. Aparecieron misiles soviéticos a ochenta millas de la Florida y Latinoamérica se convirtió en lo que hoy es el Medio Oriente, con Castro con ayatola laico predicando la revolución continental. Tras la preocupación política siguió el interés académico. Los profesores suministrarían a los políticos los materiales básicos para edificar una estrategia contrarrevolucionaria consistente con las premisas de la democracia liberal. Las universidades estadounidenses comenzaron a recibir dinero de la fundación Ford para montar programas de estudios latinoamericanos y en Inglaterra se publicó el informe del comité Parry que llevaría al establecimiento de centros latinoamericanos en el Reino Unido. Con ello toda una generación de estudiosos recibía los instrumentos idóneos para ponerse a trabajar. Esas investigaciones son precisamente el fundamento sobre el cual ha erigido el Profesor Bethell su vasto edificio.

* The Cambridge History of Latin America: editada por Leslie Bethell. Cambridge University Press, Volume I, Colonial Latin America 645 páginas; Volume II, Colonial Latin America 912 páginas; Volume III, From Independence to c. 1870 945 páginas; Volume IV, c. 1870 to 1930 676 páginas; Volume V, c. 1870 to 1930 951 páginas.

1. *The Ginger Griffin*, (Londres, Chatto & Windus, 1934), pág. 2. Ann Bridge era el pseudónimo de Lady O'Malley, esposa de un destacado diplomático.

Este renacimiento del interés en la sociedad y la política de América Latina fue parte de un fenómeno más general en Occidente: la emergente preocupación por el tercer mundo. Latinoamérica ofrecía un laboratorio accesible para estudiar los problemas del subdesarrollo. Comenzaron a llegar economistas norteamericanos, que desempacaron sus herramientas y empezaron a prescribir recetas de estabilidad política, que frecuentemente no se acomodaban a las características de una sociedad que, a diferencia de las de África o la India, tenía una tradición independiente y occidentalizada de más de cien años.

Para los más chauvinistas estudiosos latinoamericanos sus colegas anglosajones eran unos invasores intelectuales. No se podía desconocer su pericia técnica, pero era evidente que no captaban la realidad. La reacción latinoamericana frente a los forasteros ha sido siempre ambigua. Por ejemplo, José Martí, el héroe mártir de la independencia cubana admiraba a los Estados Unidos por liberales pero les tenía miedo por imperialistas. Frente al imperialismo académico de los anglosajones hasta los mismos académicos latinoamericanos, que habían sido educados en los Estados Unidos, comenzaron a clamar por una “sociología latinoamericana”.

larga y costosa guerra fronteriza y todavía en el siglo XX los indios brasileños podían masacrar a los invasores blancos que pretendían sacarlos de sus selváticos territorios de caza.

El primer volumen de esta Historia de Latino América describe las sociedades conquistadas, en vísperas de esa conquista. Cuenta por ejemplo como para los poetas náhuatl de los años subsiguientes a la conquista de México y para los indios de las selvas brasileñas de los tiempos modernos, la conquista fue toda una tragedia cósmica que significó no sólo la destrucción de su existencia material sino la del mundo espiritual que habitaban hasta entonces. De ahí que se entregaran al alcohol, traído por los conquistadores, para “escapar de un mundo que para ellos se había convertido en algo absurdo y trágico”. Entonces fueron, convenientemente, clasificados como degenerados e indolentes. Así no puede sorprendernos que cuando los nacionalistas mexicanos vuelven los ojos a su pasado indio se inclinen a renegar de su herencia española. Una guía arqueológica que publican las compañías petroleras gubernamentales mexicanas anota que “los bárbaros ibéricos” destruyeron los templos aztecas para edificar en su lugar palacios consagrados a glorificar su inflada vanidad y su codicia”. Y en todo México no hay una sola estatua de Cortés!

Los conquistadores no asumían los enormes riesgos de un incierto viaje y el asentamiento en un medio ambiente hostil para ponerse a trabajar en los campos y en las minas. Y aunque en América tanto la tierra como la plata eran abundantes, escaseaba la mano de obra. Porque los conquistadores se dieron cuenta muy pronto de que los indios no tenían idea de lo que era el trabajo asalariado a la europea, sino que tenían que forzarlos a trabajar.

Esto fue lo que originó la primera gran controversia colonial: ¿eran los indios inferiores por naturaleza y podían, por lo tanto, ser legítimamente tratados como esclavos? Las Casas, el fraile misionero cuyas denuncias del colonialismo español fueron tan ávidamente aprovechadas por los propagandistas protestantes para forjar la “Leyenda Negra” sobre la crueldad española, argumentaba que no lo eran; pero su salvaje ataque al maltrato que los conquistadores daban a la fuerza de trabajo indígena tuvo como consecuencia el sometimiento a esclavitud de los negros africanos traídos a América para sustituir a los indios, y que serían

Fue la conquista de lo que hoy es Latinoamérica por España y Portugal lo que le permitió a Europa tener el primer contacto extenso con los pueblos del mundo subdesarrollado. Los tomos I y II de esta Historia cubren los períodos de la Conquista y la Colonia y la creación del primer imperio europeo de ultramar. Podemos ver como la conquista de los dos imperios nativos, de los Incas en Perú y de los Aztecas en México, fue lograda con microbios—las enfermedades de los europeos produjeron un desastre demográfico de proporciones indecibles en las poblaciones indígenas—con tecnología superior y con la evidente bravura y resistencia de los conquistadores. Cortés, que no era el soldado brutal que se dice que fue, sino un político consumado, se presentó como libertador de pueblos desafectos subyugados, es decir, explotó la intranquilidad de las tribus sometidas al imperio azteca. Así mismo vemos como fueron los grupos tribales periféricos—porque los imperios centralizados pueden caerse como castillos de naipes—los que más problemas dieron a los españoles. Los indios araucanos de Chile pelearon una

la nueva fuerza de trabajo de las plantaciones, en un continente vacío, donde los trabajadores nativos estaban desapareciendo. Como bien lo dice J.H. Elliott en su enjundioso capítulo sobre los primeros años de la dominación española: "se trajo gente del Viejo Mundo para restablecer el equilibrio demográfico del Nuevo".

Ningún poder imperial moderno luchó tanto como España para proteger a sus nuevos súbditos, los Indios, de la codicia de sus viejos súbditos, los colonizadores. Pero el intento de proteger la "República de los Indios" de la rapacidad de la "República de los Españoles" estaba condenado al fracaso, por el conflicto esencial del colonialismo. En sus etapas iniciales los imperios son hechos por "los hombres que están en el sitio", allá donde se busca edificar el imperio, y los poderes metropolitanos por más benévolos que sean, necesitan rentas que hay que extraer de los nativos en forma de tributos porque los colonos rehúsan contribuir a los costos de la empresa imperial. Todos los intentos de la Corona tendientes a recortar atribuciones o poderes a los conquistadores y colonizadores, "los hombres que estaban en el sitio", las élites criollas, fracasaron. Estos se resistían a ser gobernados por directivas de papel enviadas por burócratas sentados en Sevilla o Madrid a meses de distancia². Los que estaban en América disfrutaban de una especie de "autonomía a discreción del Rey".

Ya desde los primeros años del siglo diez y siete, la noción de que el Imperio era un favor especial que Castilla había recibido de Dios, había sido reemplazada por el pesimismo. En 1631 el Conde Duque de Olivares, primer ministro de Felipe IV, sorprendió a sus colegas en una reunión del Consejo de Estado cuando se preguntó en voz alta si de pronto "las conquistas españolas no habrían reducido a la monarquía a una situación tan miserable que tal vez le hubiera sido mejor sin el Nuevo Mundo". Tal pesimismo sería rechazado por las monarquías española y portuguesa en los últimos años del siglo diez y ocho. Como

su contraparte británica trataron entonces de hacer pagar, a sus colonias de América al menos su propia defensa. El sistema imperial había sobrevivido a pesar y a través de la inercia y el desdén. Bastaba con hacerle unos ajustes.

Hay en esta obra excelentes recuentos de la reforma imperial en la América Española y Portuguesa. En las colonias españolas esa reforma dio rápidamente importantes dividendos financieros; bajo administradores civiles enérgicos como Gálvez en México las rentas derivadas de impuestos aumentaron visiblemente. La liberación del comercio por parte de la metrópoli, que acababa con el monopolio que Sevilla y Cádiz habían ejercido sobre el comercio de América, algo hizo para estimular el intercambio y la industria, sobre todo



Retrato de un desconocido No. 2
Aguafuerte, aguainta y punta seca
49 X 65 cm
1971

2. El papel desempeñado por "los hombres en el sitio" ha sido ya estudiado, en cuanto al primer imperio colonial de Occidente, por J.S. Richardson en su libro *Hispaniae: Spain and the Development of Roman Imperialism, 218-82 B.C.* (Cambridge University Press, 1987). La burocracia imperial española se distinguió por el papeleo, por el gasto de papel en gran escala: por ejemplo, una simple "visita", es decir la inspección a que estaban sometidos los funcionarios coloniales cuando terminaban sus períodos, podía ser materia de miles de páginas.

para Cataluña. Pero la débil economía española era simplemente incapaz de abastecer a las colonias con todo lo que necesitaban. De ahí la persistente presencia del contrabando, que el limitado poder naval de los poderes metropolitanos no estaba en condiciones de controlar, como le sucedía a Inglaterra en Norte América. Las reformas administrativas fracasaban frente a las realidades de la vida colonial. Los criollos no querían ser administrados eficientemente, lo que querían era que los dejaran hacer lo que se les antojara. Era todo "un verano indio".

3

Los imperios europeos en la América meridional, habrían quizá subsistido en ese frágil equilibrio, como lo llama David Brading, así como la monarquía de los Habsburgos habría resistido una muerte lenta si no hubiera sido por la Primera Guerra Mundial, de 1914-1918. Pero fueron las guerras napoleónicas, más que la infección independentista que se extendía desde la Europa del Iluminismo y los nuevos Estados Unidos, lo que destruyó el imperio español en América. Aunque las élites criollas habían adquirido ya cierta noción de identidad y de separación de intereses, sólo unos pocos radicales querían realmente la independencia. Pero cuando los ejércitos franceses invadieron a España en 1807 y Napoleón puso preso al rey Fernando VII, unos comités ad-hoc llamados Juntas asumieron el poder en las colonias americanas en nombre del rey cautivo y para prevenir lo que John Lynch llama "crisis de legitimidad política". Ese fue el primer paso en el camino hacia la independencia.

Cuando en 1807 las tropas francesas obligaron al príncipe regente portugués a abandonar a Lisboa y establecer su corte en Rio de Janeiro ya se estaba reconociendo, como muy bien lo destacan los colaboradores del volumen II, que el Brasil se había convertido en el núcleo económico de la monarquía portuguesa, con Rio de Janeiro ahora como su capital política. "Portugal", escribió el gran historiador portugués Oliveira Martins, "era ahora la colonia y Brasil la metrópoli". Y cuando los liberales portugueses insistieron en retroceder el reloj intentando regresar al Brasil a su antigua condición colonial, Don Pedro, que actuaba de regente por su padre, el rey de Portugal, se declaró a sí mismo emperador de un Brasil independiente. Para los conservadores brasileños ésta fue

una salvaguardia contra "los males de la democracia universal".

Restaurada en 1814 la monarquía de Fernando VII en España no pudo recuperar por la conquista el terreno perdido durante las guerras napoleónicas. En cuanto a los liberales peninsulares, una vez que forzaron al rey a aceptar una constitución en 1820, demostraron muy poca simpatía por los sentimientos de las colonias y ser tan imperialistas como el monarca. La independencia le llegó al Brasil incruentamente, pero para la América española sólo llegó después de una larga y amarga lucha contra los esfuerzos militares de una monarquía en bancarrota.

Sin embargo, la independencia en la América española, como lo sostiene David Bushnell, no trajo consigo ningún cambio apreciable en la estructura económica o política: "Los principales medios de producción continuaron en manos de la clase alta criolla, que a raíz de la independencia de España había tomado posesión de los niveles superiores del sistema político". Como en todo período de turbulencia política, se dieron dramáticas instancias de rápido ascenso social, como en el caso de José Antonio Páez, un modesto criador de ganado que llegó a ser la más importante figura civil y militar de la Venezuela independiente. Pero la mayoría de los caudillos que surgieron como jefes políticos y militares en los primeros años del siglo diez y nueve venían de familias ricas; sólo dos de los diez y ocho caudillos argentinos de la independencia ascendieron socialmente, y en sus casos se trató del cambio de una modesta fortuna a una grande. La consecuencia principal de las guerras de independencia fue, por lo tanto, la sustitución de la burocracia española peninsular por la élite local. Pero la guerra había producido también dislocación económica. La producción agrícola de México estaba reducida a la mitad; la producción minera a una cuarta parte de su antiguo nivel colonial. La mayoría de las nuevas naciones latinoamericanas se pusieron entonces a prestar plata para salir de sus aprietos. México empezó a caminar este atractivo pero riesgoso camino en 1824, el mismo que de ciclo en ciclo lo llevaría a su tremendo endeudamiento de 1980.

Durante mucha parte del siglo diez y nueve, las nuevas naciones independientes de Latinoamérica se convirtieron, para los observadores extranjeros, en sinónimo de violencia política, los héroes de la independencia no habían logrado implantar en las nuevas naciones una versión estable del constitucionalismo liberal que se suponía fue-

ra la herencia política que habían recibido de Europa. Una perspectiva un poco más amplia permite ahora ver este fracaso con menor sorpresa. Si las comparaciones con el fracaso del constitucionalismo a la Westminster en los países africanos recientemente independizados pueden resultar engañosos —ya que Latinoamérica era en 1800 y todavía lo es la más occidentalizada parte del tercer mundo— muchos países europeos desarrollados experimentaron también en el siglo diez y nueve, fases de liberalismo convulsivo entremezclados con lapsos de regímenes autoritarios.

En la propia España, los liberales no lograron imponer un régimen constitucional estable y la turbulencia política de sus antiguas colonias puede ser vista como un reflejo de los fracasos del liberalismo en la madre patria. Rosas, el más feroz y menos liberal de los caudillos argentinos, no llegó a los extremos de ordenar ejecuciones masivas como las que se realizaron en París después de la Comuna de 1871. La revolución mexicana le ofreció a la opinión pública europea y norteamericana una nueva imagen de violencia a la latina, pero con ella murió menos gente que en la guerra civil estadounidense. Frente a las críticas que siempre les han hecho por lo que se considera su carácter violento, los latinoamericanos han podido replicar, como en efecto lo han hecho, que han sido los llamados países civilizados de Occidente los que han protagonizado los hechos de violencia más atroces de la historia en las últimas dos guerras mundiales. Era el viejo mundo el que parecía haber descendido a nuevas simas de barbarie.

Muchos de los colaboradores de esta obra atribuyen mucha parte de esa violencia política crónica del período siguiente a la independencia a la paralización económica. Claro que hubo alguna recuperación, pero ésta fue muy lenta hasta 1870. En las sociedades todavía dominadas por relaciones patrón-cliente el patrono —como lo dice el duque de Newcastle— está obligado a mantener “pasto para que puedan pacer las bestias”. El resquebrajamiento de la lealtad política en tiempos de depresión económica ha sido una constante de la vida política latinoamericana; cuando disminuyeron las rentas desaparecieron los estímulos con los que se comprometía y regaba la fidelidad de vastos sectores sociales. El benefactor perdía así a sus clientes o tenía que apelar a la fuerza y convertirse en “tirano”³.

3. Es notorio el sorprendente paralelo con el “feudalismo bastardo” de finales de la Baja Edad Media, cuando los magnates tenían

Tal fue el destino de Porfirio Díaz en México en 1910 y el de Leguía, el hombre fuerte del Perú, en los años veinte. Porfirio Díaz había domesticado a la clase media a base de prosperidad y empleos; ambos desaparecieron como consecuencia de la gran depresión norteamericana de 1929, cuando las ganancias cayeron verticalmente y los salarios reales se redujeron a la mitad. Leguía había movilizado a la clase media contra la vieja élite de la “república aristocrática” peruana; y había utilizado esa creciente fuente de rentas para establecer un “sistema de política clientelista que creó una nueva casta ‘oficial’ de burócratas y empresarios”. Pero como resultado de la crisis de 1929-1930 su presupuesto se vino abajo y hubo que suspender los pagos a los empleados públicos.

La subsiguiente caída de Leguía fue sin embargo diferente de la del caudillo clásico. Mientras Leguía organizaba a la clase media contra la élite “civilista”, Haya de la Torre había movilizado a las excluidas “clases populares” en un movimiento nacionalista, anti-imperialista y populista, que dio origen al partido APRA. Con la caída de Leguía, esas clases populares “entraron como un chorro en la corriente de la política peruana, para no volver a ser jamás excluidas del proceso político nacional”.

En Argentina, el jefe del partido radical, Hipólito Yrigoyen, cuya expulsión de los oligarcas conservadores del poder en las elecciones de 1916 analiza aquí David Rock, se convirtió en un maestro de la distribución de prebendas políticas entre la clase media, mientras le alcanzaron las rentas; cuando se le acabó la plata en 1930 fue tumbado sin contemplaciones por los militares. Y hasta antiguos partidarios suyos se sumaron a la turbamulta que incendió y saqueó su casa. La democracia representativa, defectuosa como era debido a la peculiar moral política de Yrigoyen, cayó con él. Como su contemporáneo Arturo Alessandri, en Chile, Yrigoyen había sacado la política “fuera de los clubes de los señoritos y la había llevado a la calle”. Los dictadores militares conservadores que los sucedieron no pudieron ya mantener a la política fuera de la calle. El partido de Yrigoyen está ahora dirigido por el actual presidente argentino, Raúl Alfonsín.

que luchar constantemente para aumentar el caudal de su riqueza, para poder mantener la lealtad de sus partidarios o dependientes armados, cuya fuerza y cantidad constituían la única garantía de poder seguir teniendo influencia política. Si los jefes fallaban en los pagos, “los clientes o dependientes empezaban a desertar” y a buscar otros patronos que fueran mejores pagadores. (A.E. Myers, *England in the Late Middle Ages*, Penguin, 1952).

Después de los años de vacas flacas que siguieron a la Independencia habían de llegar los de las vacas gordas en 1870. Esta "edad de oro" es el tema del Volumen IV. La entrada de Latinoamérica al mercado mundial como exportadora de materias primas y como importadora de capital extranjero, principalmente de la Gran Bretaña, dio origen a un crecimiento económico espectacular. En 1870 nadie en la Argentina hubiera podido predecir esta prosperidad aparentemente ilimitada en un país que todavía estaba peleando con los indios. Entre 1875 y 1914 las exportaciones argentinas crecieron a un cinco por ciento anual; y para 1900 Buenos Aires podía emular con cualquier ciudad europea tanto en esplendor urbano como en miseria. Este prodigioso crecimiento produciría la clientela de clase media de Yrigoyen y una clase trabajadora que mandó sus primeros representantes al Congreso Nacional en 1904. Perú también experimentó una expansión sin paralelo entre 1875 y 1919. El teatro de la Opera en la ciudad amazónica de Manaos, y el teatro privado de la familia Zuare en las profundidades de la selva boliviana, fueron los símbolos de la fugaz bonanza del caucho, cuyo colapso fue típico de lo que le pasaría a todos los productores de materias primas del tercer mundo. El despegue de las industrias del nitrato y del cobre chileno se debió a las masivas inversiones de capital extranjero. Y fue la inmigración de trabajadores italianos lo que convirtió a Sao Paulo en la capital de la oligarquía cafetera brasileña, principal beneficiaria de la república instaurada en 1889, que luego no pasaría de ser una engañifa para la mayor parte de los brasileños.

Todo este "desarrollo", a instancias de las demandas de los países industrializados, es lo que constituye el núcleo del debate sobre la dependencia. Para la élite liberal nativa de esa época, la economía del "laissez-faire" y el amplio mercado mundial era los sostenes de la "civilización" frente a la "barbarie" de los caudillos locales y las limitaciones de los mercados domésticos. Pero según los teorizantes de la dependencia esa absorción en la economía mundial fue lo que condenó a la América Latina al "subdesarrollo" y al mantenimiento de una fuerza de trabajo mal pagada, un proletariado suministrado, en la Argentina, y en el Brasil, no por indios o esclavos negros, sino por inmigrantes, principalmente de los países europeos del Mediterráneo. Si este es el caso, entonces, lógicamente, la Argentina, totalmente integrada en el mercado mundial, debería ser más "subdesa-

rollada" que, digamos, el Paraguay. De hecho, como lo sostiene William Glade en un excelente capítulo del volumen IV, relativo a los años entre 1870 y 1914, ninguna teoría por mucho que se la estire concuerda realmente con los hechos. Lo que el consejero del presidente Wilson, el coronel House, llamó "los lugares desperdiciados de la tierra" sólo podían ser fertilizados por el capital extranjero: tampoco se articuló nunca una coherente estrategia alternativa de fomento del crecimiento industrial. Los Estados Unidos reemplazarían a Inglaterra como principal fuente de capital, en forma mucho más agresiva, y el capital norteamericano, a diferencia del británico, buscó siempre controlar las empresas que financiaba. Este control causaba resentimientos, especialmente en México. Según el cónsul norteamericano en Durango, ya en 1914 "el odio a los americanos era el instinto primario de la raza". Los bancos estadinenses pedían préstamos gubernamentales, a tal punto que aunque en 1927 el presidente del Banco Central del Perú fue hasta Nueva York a notificarles a los banqueros nortños que el préstamo que estaban tratando de negociar era demasiado grande, no le hicieron ningún caso.

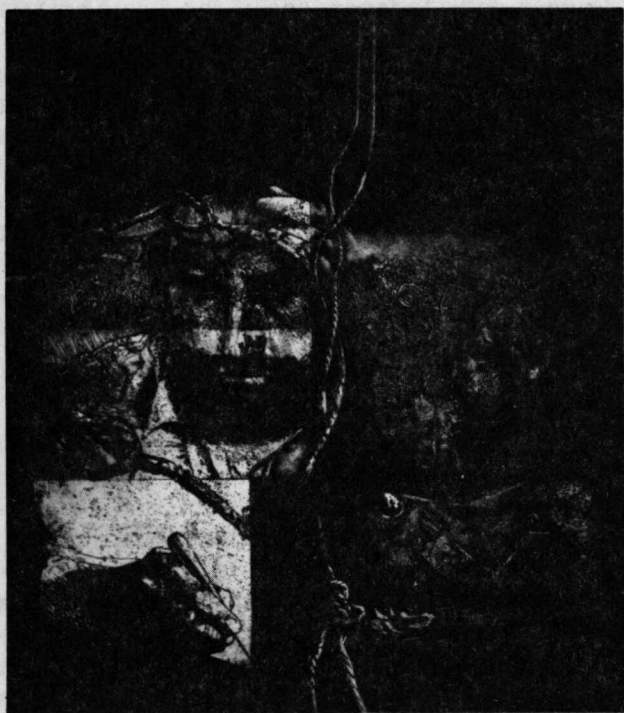
Casi todos los capítulos de los tomos IV y V que tratan los fenómenos económicos y sociales, después de la Independencia, son relativamente revisionistas. Rosemary Thorp, por ejemplo, muestra como el esplendor de la "edad de oro" ya estaba muy deslucido aún antes de la gran crisis de 1929-30. El crecimiento basado en exportaciones permitió ciertamente algún desarrollo industrial en Brasil y Argentina; el "choque exógeno" de la depresión de 1930 no fue, en sí mismo, suficiente para promover la expansión industrial a través de la sustitución de importaciones, en países arrojados nuevamente en brazos de sus propios recursos cuando su comercio de exportaciones se vino abajo.

Estos capítulos reflejan la intensa concentración en los asuntos económicos y sociales por parte de los estudiosos en los años recientes. En este sentido esta Historia refleja una tendencia general, pero los historiadores económicos no siempre tienen en mente al lector. Algunos de sus capítulos son difíciles de leer y podrían beneficiarse con algunas aclaraciones. Ciertos economistas, a pesar de todas sus técnicas, no supieron interpretar las señales y fueron cogidos por sorpresa en 1929-1930, lo mismo que muchos otros fueron incapaces de diagnosticar la verdadera naturaleza del subdesarrollo de los años cincuentas. Ni los observadores contemporáneos de las sociedades lati-

noamericanas perciben siempre la intensidad de los conflictos sociales inherentes en el desarrollo rápido; la relativa facilidad con que las élites tradicionales se ajustaron a las realidades del nuevo mundo económico, posterior a 1870, los engañó. Y para 1910 este proceso de ajuste había mostrado fallas solamente en México.

5

No hay por otra parte mucho revisionismo en los capítulos relativos al lugar que ocupa América Latina en la política mundial. La sustitución de la Gran Bretaña por los Estados Unidos como el poder dominante del continente es comentada capítulo tras capítulo. ¿Cómo iba a competir Inglaterra con un país que en un momento dado podía mandar veintinueve agentes a ofrecer préstamos en Colombia? La política norteamericana se ha caracterizado por lo equivocada, aunque a veces bien intencionada y por consistir en una dislocada serie de gestos amistosos y de brusco imperialismo. Theodore Roosevelt alcanzó a darse cuenta de lo difícil que era para las democracias norteamericanas pretender controlar directamente "regiones tropicales densamente pobladas".



Amarraperros No. 11
Aguafuerte y aguatinta
49 X 54.5 cm
1976

Pero él fue el autor del corolario que lleva su nombre la doctrina que transformó la doctrina Monroe, de un escudo contra la intervención europea en Latinoamérica, en una justificación de la intervención directa de los Estados Unidos "obrando como potencia policiva internacional" en casos de "fechorías o impotencia". Fue entonces cuando se pretendió hacer del Caribe y de Centro América una zona de influencia exclusiva de los Estados Unidos, y cuando se sostuvo la tesis de que la estabilidad económica de la región dependía de la inversión norteamericana en la misma. Esta era la justificación de la diplomacia del dólar. La protección del dólar llevaría a la intervención de Wilson en Haití, el suceso más dramático de este período, cuando su Secretario de Estado iba a distorsionar la doctrina Monroe hasta el punto de justificar el hecho de hacer de Centro América una reserva exclusiva para el capital norteamericano, con el pretexto de que así se evitaba que las potencias europeas ejercieran una influencia desmedida en lo que para entonces se consideraba como "el patio de atrás" de los Estados Unidos⁴.

Pero ya en 1926 se explicaba la intervención norteamericana en Nicaragua no por el temor a la inversión extranjera sino al "peligro bolchevique". Es evidente que lo que condicionaba la política de la época era el supuesto mental de cierta superioridad racial anglosajona, explícita en el darwinismo social que había sustituido a la doctrina del Destino Manifiesto en la mentalidad popular⁵. Roosevelt consideraba a los dominicanos "absolutamente incapaces" de gobernarse a sí mismos y por lo tanto merecedores de vigilancia policial. Wilson tenía su propia versión "princetoniana" de la "carga del hombre blanco" y de la "misión ci-

4. Ese como temor patológico que embargaba a los norteamericanos, frente a la intervención europea o extranjera en general, tuvo alguna justificación en determinado momento; pero el Secretario de Estado, Lansing, se equivocaba al pensar que las revoluciones centroamericanas fueran fruto de maquinaciones de ministros foráneos y no, más bien, resultado de ciertas condiciones sociales y tradiciones políticas.

5. Gran parte de esta creencia en la superioridad anglosajona era importada de Inglaterra. Su versión indígena o local más representativa la dió aquel obispo protestante que en 1898 sostenía que "bien pudiera ser la misión de los Estados Unidos la de ser el Caballero Errante del Mundo" para justificar así una guerra que arrancaría a Cuba de la "malvada dominación española" llevando "libertad civil y religiosa a los oprimidos" (Ernest May, *Imperial Democracy*, Harper & Row, 1973, pág. 141). Este mismo autor, en su libro *American Imperialism*, (Atheneum, 1968) rastrea las influencias europeas a este respecto, citando, por ejemplo, las opiniones de Dilke sobre las razas superiores, y las de Froude sobre las "civilizaciones inferiores".

vilizadora" de los Estados Unidos. Esto lo llevó a intervenir en México en una vana búsqueda de "hombres buenos" para "gobernar a ese país". No hay nada que lleve más directamente al desastre que la excesiva confianza en la propia escala de valores. En esa época los que sostenían la política que mantuvo soldados norteamericanos en el Caribe por más de veinte años eran los liberales, los mismos que ahora ven en ese intervencionismo un simple ensayo de lo que luego conduciría al desastre de Vietnam y a la actual obsesión de Reagan con la situación nicaragüense.

6

Las respectivas historias de cada país contenidas en el volumen V de la obra son todas excelentes. Los capítulos de Warren Dean, Emilia Viotti da Silva y Boris Fausto, sobre el Brasil, constituyen, sin duda, el mejor recuento histórico sobre ese país disponible en lengua inglesa. La colaboración de Malcom Deas sobre Venezuela, Ecuador y Colombia es muy perspicaz. A la manera de J.H. Elliot también deja escapar de vez en cuando algunas ironías, pero esto quizá sea simplemente una enfermedad inglesa. Los capítulos sobre México parecen confirmar el dicho de Halifax: "Cuando los pueblos pelean por su libertad rara vez consiguen otra cosa que cambiar de amos". César Chávez, el líder chicano, apunta en el mismo sentido lo siguiente:

"La idea de revolución, de cualquier revolución, me inquieta. Probablemente sea por mi pasado mexicano. Nosotros hicimos una, en la que hubo muchos muertos, pero en la que no se consiguió realmente nada. En cuanto a los campesinos, esa revolución no hizo ninguna diferencia. Un patrón mexicano es igual de duro a cualquier otro patrón".

John Womack concluye que "la Revolución Mexicana no produjo nada históricamente definitivo en materia económica o social". Los campesinos sin tierra siguen llegando por bandadas a atestar a las barriadas de la Ciudad de México o a engrosar las filas de los que se infiltran a través de la frontera, en busca de trabajo en los Estados Unidos.

7

Del mismo modo que Latinoamérica confrontó a Occidente, por primera vez, con el cúmulo de problemas que implica un "tercer mundo" continental, así ese mismo continente tuvo que afrontar las dificultades de transplantar y

adaptar normas políticas europeas y norteamericanas a estados nacionales nuevos, recientemente independientes. Pero en Latinoamérica, el constitucionalismo liberal resultó ser más un "mito unificador" que una realidad política. André Reboucas, un abolicionista brasileño, propugnaba una "democracia rural" de pequeños granjeros hidalgos en un país libre de esclavos, pero nadie le hizo caso. En todas partes, el liberalismo fue reemplazado por una especie de positivismo a la europea, derivado de los escritos de Augusto Comte, cuya extraordinaria difusión en América Latina está muy bien estudiada por Charles A. Hale en el volumen IV de la obra. Ese positivismo se convirtió en la base "científica" de políticas autoritarias, sobre todo en México y Brasil. "La sociedad", argumentaba el mexicano Francisco C. Cosmes (1850-1907), prefería a los derechos liberales, el pan y el orden que el liberalismo parecía incapaz de dar. "Ensayemos un poco de tiranía, de tiranía honorable, y veamos que nos da". Lo que les dió fue a Porfirio Díaz, sus políticos "científicos" y la invasión de capitales extranjeros.

Luego, en 1910, se hizo en México la revolución de Madero, a nombre de ese constitucionalismo liberal, porque el positivismo no logró ni enterrar los viejos mitos ni efectuar con ellos ninguna simbiosis. (Ambas tendencias forcejean entre sí en la ideología de la reforma universitaria de principios de este siglo, que fue al mismo tiempo democrática y elitista). Pero el constitucionalismo liberal no logró ser la ideología dominante del México post-revolucionario. Porque fue reemplazado por un sistema de partido único, manejado por el PRI, una organización que lo abarca todo y que sin embargo está empezando a deteriorarse, mientras la vieja herencia democrática resurge nuevamente.

Ya desde finales del siglo diez y nueve el darwinismo social y el racismo implícito en obras como las de Gustavo Le Bon —uno de los sociólogos populares europeos más ampliamente leídos en América Latina— habían producido un ambiente de resignado pesimismo. Las más nuevas naciones del mundo parecían dispuestas a alinearse entre las que Salisbury llamaba "naciones moribundas". Ese pesimismo racial fue el que rechazó José Enrique Rodó, con su libro *Ariel*, aparecido en 1900. *Ariel* es uno de esos libros cuya influencia en su tiempo no puede explicarse fácilmente hoy. "Le faltaba originalidad literaria, profundidad filosófica y penetración social y política". Y sin embargo, este folleto dirigido contra el materialismo norteamericano y su pretendida "conquista moral" de América Latina, se convirtió en "el símbolo

lo del Latinoamericanismo, definido entonces por primera vez”⁶.

La tentativa de escapar del vulgar materialismo del Coloso del Norte condujo frecuentemente al abrazo cultural de Europa. Rodó, como el poeta modernista nicaragüense Rubén Darío, estaba muy influido por modelos franceses. De hecho, Darío ha sido acusado, erróneamente, de escribir poesía francesa en español. Pero la suya era una voz auténtica, como la de Rodó y la del gran novelista mulato brasileño Machado de Assis. Machado tuvo que exhibir sus credenciales europeas como una especie de pasaporte para lograr que sus contemporáneos lo respetaran, no sólo literaria, sino socialmente⁷.

Es en esos escritores de finales del siglo diez y nueve donde pueden encontrarse las raíces del reciente “boom” literario latinoamericano, que tan desconcertados y resentidos tiene a ciertos escritores. Rubén Darío fue el primero en alterar la ecuación cultural Europa-América Latina. Fue él quien influyó en los poetas españoles como modelo estilístico, el que preparó el camino “para la completa modernización literaria del continente, inmediatamente visible en los años veinte, con el surgimiento de poetas como Huidobro, Vallejo y Neruda”.

El mundo en general estaba menos interesado, sin embargo, en la voz auténtica de los poetas de Latinoamérica que en el estridente tono de sus abogados. Los abogados latinoamericanos heredaron la tradición constitucional legalista elaborada por teólogos y juristas de los siglos diez y seis y diez y siete. De diferentes maneras, esos juristas disputaban la preponderancia política y económica de los intereses extranjeros, especialmente los de los Estados Unidos. En 1895 el Secretario de Estado norteamericano, Richard Olney, se jactaba de que “los Estados Unidos eran prácticamente soberanos en todo el continente”, un alarde que la Gran Bretaña se resignó a admitir en la práctica si no en la teoría⁸. Los países europeos seguían

sosteniendo que ellos podían emplear la fuerza e intervenir cuando fuera el caso, como en Nicaragua, para cobrar lo que les debían en América Latina y proteger a sus súbditos contra regímenes corruptos e inestables, mediante el uso y el abuso de la doctrina de la extraterritorialidad. Entonces, entre 1868 y 1896, el jurista argentino Carlos Calvo, desarrolló y defendió una versión extrema de soberanía nacional, según la cual los intereses e inversiones extranjeras debían estar incondicionalmente sujetos a las leyes nacionales de cada país, haciendo caso omiso de lo que los europeos pensaran sobre la santidad de los contratos. Los estados debían actuar en defensa de sus intereses de acuerdo a su propia manera de entenderlos, aunque esto implicara en ciertos casos el repudio unilateral de las deudas. La doctrina Calvo se convirtió naturalmente en el grito de batalla de los nacionalistas latinoamericanos, en lo que, según Robert Freeman Smith, “fue el clásico debate entre acreedores y deudores, desarrollados y subdesarrollados, fuertes y débiles”.

El aforismo de H.A.L. Fisher es aplicable a la mayor parte del período cubierto por estos volúmenes: “no son los pobres los que mueven la rueda de la historia”. Pero ellos son un objeto natural y legítimo de la historia social y una de las mejores virtudes de estos volúmenes de la Cambridge History es la forma como tratan esa historia social. Uno encuentra capítulos fascinantes sobre las comunidades indígenas, luchando por sobrevivir en un mundo hostil, un esfuerzo que a veces tuvo éxito; o sobre trabajadores urbanos defendiendo sus derechos; o sobre los esclavos en el Caribe o en el Brasil.

Había desde luego mucha injusticia en una Latinoamérica dominada por los “poderosos”: los terratenientes en Argentina, los gamonales rurales y la “aristocracia civilista” en el Perú —caballeritos que vivían dentro de una adaptación criolla del dueño de casa de campo inglesa—, los oligarcas de las plantaciones brasileñas, los patrones de las empacadoras de carne en el Río de la Plata, o los dueños de plantaciones de sisal en Yucatán, donde las deudas de los peones eran simplemente otra forma de esclavitud.

6. José E. Rodó, *Ariel - Motivos de Proteo*, prefacio de Carlos Real de Azúa, reimpresso como volumen 3 de la serie Biblioteca Ayacucho, 1985.

7. En su *Epitaph for a Small Winner*, traducción inglesa de W.L. Grossman (Farrar, Strauss & Giroux, 1952). Las primeras cuatro páginas traen menciones de Stendhal, Sterne, de Maistre y Shakespeare. En un capítulo se encuentran nueve referencias europeas en sólo tres párrafos.

8. Esto era parte del proceso —que fue bastante rápido— por el cual los Estados Unidos y la Gran Bretaña dejaron de considerarse como

recíprocos enemigos potenciales y especialmente rivales en el empeño de influir políticamente en América Latina. Sobre este cambio en relaciones internacionales véase Paul Kennedy, “British and German Reactions to the Rise of American Power”, en R.J. Bullen, H. Pogge von Strandmann y A.B. Polonsky, editores, *Ideas into Politics* (Barnes & Noble Imports, 1984) pags. 15-45.

Pero como nos dice Barrington Moore, la noción de que se está padeciendo injusticia "puede ser un hábito adquirido: una respuesta aprendida e históricamente determinada, no una reacción humana automática e instintiva". Los seres humanos tienen una pasmosa capacidad para soportar sufrimientos y "puede que sea necesario enseñarles cuáles son sus derechos"⁹. Consternados por la rebelión de los esclavos y la creación de la primera república negra en Haití, analizada en el volumen IV, los padres de la independencia en la mayor parte de las repúblicas latinoamericanas, no estuvieron muy inclinados a enseñar a los pobres y oprimidos cuáles eran esos derechos. Zapatas y Tupac Amarus fueron la excepción y no la regla en México y Perú.

No existe alternativa satisfactoria para el estudio individual de cada país, y David Stafford resuelve bastante bien las dificultades que presenta el tratamiento general de todo un continente en vista de su inmensa diversidad étnica y de la "escasez de investigaciones sistemáticas". El tratamiento comparativo es más visible en lo relacionado con la historia económica y social. Uno encuentra capítulos excelentes sobre demografía, como el de Nicolás Sánchez-Albornoz; estudios altamente originales como el que sobre urbanismo hace Richard Morse; o muy informativos como los capítulos sobre minería, que es un tema plagado de problemas. A mí me hubiera gustado un tratamiento comparativo de instituciones importantes, sólo la Iglesia merece uno bastante bueno, el de John Lynch en el volumen IV. Pero no hay nada sobre burocracias y ejércitos. Hay uno dedicado a las mujeres, pero en cambio no hay nada sobre los sistemas legales que tanto hicieron para determinar lo que es la vida latinoamericana de hoy.

Con todo, así como es, la *Cambridge History of Latin America*, es una soberbia obra de referencia. Sus extensas bibliografías serán una bendición para los estudiosos por años y años. Pero a pesar de estar tan cuidadosamente editada todavía se resiente de los defectos de toda obra colectiva: desigualdad, repetición, contradicciones no resueltas. Esto es obvio en el tratamiento que se le da a los temas de arte y literatura: algunas partes son excelentes, otras son regulares y parecen más bien escritas para un manual. Pero ésta es una obra en gran escala cuyas virtudes y amplísimo cubrimiento abruman al lector común y corriente. Y

la luz que arroja sobre mucha parte de la evolución social y política latinoamericana proviene de su concentración en la historia local y en las penetrantes descripciones de gentes y lugares.

Afortunadamente una versión más corta de la historia novecentista latinoamericana está ya disponible en librerías. Se trata del libro de David Bushnell y Neill Macaulay¹⁰, que penetra en el corazón de los problemas del continente y capta la fuente de su fascinación sobre historiadores y científicos sociales. "Lo que le da ese sabor especial a la América Latina", dicen sus autores, "es la combinación de una cultura dominante, que se deriva en última instancia de la variante ibérica de la civilización occidental, con una condición histórica que desde un punto de vista occidental es sub-desarrollada". Este libro es un resumen y una guía muy claros sobre la confusa política del continente. Y sus mejores partes son las relativas a Colombia, Argentina y Brasil.

Es de esperar que estos productos de la investigación moderna tengan alguna influencia entre la gente que hace la política. En las severas críticas de algunos banqueros y políticos, que no comprenden las dificultades de los países latinoamericanos frente a su deuda externa, uno detecta todavía ecos de aquel menosprecio por todo un continente, que tanto influyó en el pensamiento sobre Latinoamérica en el período histórico cubierto por estos volúmenes editados por el Profesor Bethell. Por lo menos la batalla por la seriedad y contra la simpleza se ha ganado en las universidades. La *Historia Cambridge de América Latina* es un monumento apropiado a esa notable victoria.

9. Barrington Moore, Jr. *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt* (Londres, Macmillan, 1978) págs. 188 y 492.

10. *The Emergence of Latin America in the Nineteenth Century* (Oxford University Press, 1987).